

Ecos de la semana.

Pues señor, llegó, pasó y fué para nunca más volver el día trece de Febrero del presente año, sin que nada de particular haya sucedido en la política española, apesar de los pronósticos fatalistas de los agoreros políticos.

—¿A mí con agüeros y fatalismos!—dijo el Sr. Cánovas.—Y luégo añadió: Ya veis el caso que yo hago de esas cosas y de los que en ellas creen.

Efectivamente, llegó la malhadada fecha, el día fatal, el día trece, en fin, y habló el oráculo, y dijo: Bien sé que hay gentes que creen que la vida legal de las actuales Cortes debe terminar á los tres años justos de existencia, y que tampoco falta quien opina que deben ser cinco y no tres los años de vida de las Cámaras; pero yo, que no reparo en pelillos y gusto de quedar bien con todo el mundo, digo que la vida legal de las Cortes actuales es de cinco años, apesar de lo cual deben disolverse, y se disolverán, á los tres años y un día por lo menos; pues por lo que hace á lo que toca... á lo que pertenece... no hay cosa como... lo demas es tontería... y en estas poderosas razones me fundo para pensar y proceder del modo que lo hago... Y el que no lo entienda, que estudie.

Dicho esto, caló los lentes, requirió los rayos... y fuése Jove sin causar desmayos.

Verdad es que no habia razon para que nadie se desmayase, y mucho menos hoy, cuando todo el mundo espera que Neptuno nos librára de las iras de Júpiter.

En la semana que hoy termina han estado animadísimo los teatros de la corte. Funciones á beneficio de varios actores; estrenos de obras líricas y dramáticas; lecturas de poesías; bailes de máscaras... y qué sé yo cuántas cosas más.

¡Luégo dirán que los españoles somos pobres!

Lo que sobra en España es dinero, puesto que nadie piensa más que en divertirse.

Vayan ustedes si no á los teatros, y los encontrarán casi siempre llenos de bote en bote; y una de dos, ó la mayor parte de las personas que concurren á los espectáculos públicos son *alabarderos* que se divierten gratis, ó en Madrid todo el mundo es rico, puesto que todo el mundo se divierte.

Yo me inclino á creer esto último, y aun creo que opinan como yo los Sres. Robles, Ducacal, Mario, Zamora, Vallés, etc., etc., es decir, casi todos los empresarios de los teatros, y aun pudieran agregarse como testigos el *Pájaro* y todos los *pajarillos* y *pajaracos* que acaparan los billetes de los teatros para revenderlos luégo, llevando por ellos mucho *trigo*, mucho, á razon de fanega por grano cuando menos.

Díganlo si no los *pájaros* del teatro Real que, con motivo del estreno de la ópera *Le donne curiose*, han hecho pagar la curiosidad de algunos caballeros á razon de diez duros por cada butaca...

El libretto de *Le donne curiose* está escrito por el poeta italiano Zanardini, sobre una comedia de Goldoni. La obra, aunque un poco lánguida de accion, tiene gracia y no carece de situaciones verdaderamente cómicas.

La música es del maestro Ussiglio, actual director de orquesta del teatro Real de Madrid, y es ligera, juguetona, y casi siempre en carácter con las situaciones de la obra.

La ejecución estuvo á cargo de las principales partes de la compañía, y fué esmeradísima y perfecta, distinguiéndose mucho las Sras. Vitali, Sanz y Borghi-Mamo y los Sres. Gayarre, Fiorini y Verger.

La orquesta cumplió su cometido con la precision y maestría que le son peculiares.

Más adelante, cuando hayamos oido más de una vez *Le donne curiose*, haremos de esta obra un juicio crítico detenido.

Varias son las obras estrenadas esta semana, pero desgraciadamente todas ellas son de poquísima importancia, y no hay para qué detenerse en examinarlas, si quiera lo hiciésemos, como otras veces,

ligeramente, y vamos á dedicar el escaso espacio que nos queda al lindísimo poema de Campoamar, *Por dónde viene la muerte*, leído con grande aplauso en el teatro Español la noche del viernes último.

El asunto del poema es sencillísimo, y por extremo interesante.

Un médico materialista hasta el fanatismo,—que tambien hay *materialistas fanáticos*,—profesa el principio de que la muerte sólo la pueden producir las enfermedades del cuerpo, principalmente á causa de la humedad y del frio. Persuadido de esto y aferrado en su creencia, pone cuantos medios están á su alcance para evitar que Eugenia, su hija querida, contraiga una enfermedad, y á este fin toma toda suerte de precauciones contra la humedad y el frio:

«Mas lo triste es que un día, nuestra Eugenia, del sueño en que dormía inquieta despertó, de tal manera, que su alma empezó á amar como debía, y su cuerpo á sentir como lo que era. Y Eugenia sin amante, ¿á quién amaba? Al amor, ¡qué sé yo! misterios de ellas. El caso es que aquel tipo que adoraba ¡oh, fuerza de los sueños! habitaba muy cerca... más allá de las estrellas. Pero, á su ciencia natural atento, ni aun viendo cómo mata el sentimiento, nuestro Galeno advierte que alguna vez puede llegar la muerte envuelta en un amante pensamiento. Y como es una fruta la experiencia que, ó está sin madurar ó está podrida, apelando el doctor á su conciencia, recuerda que en la edad de los placeres se murieron por él muchas mujeres que vivieron después toda su vida; y, aunque no se creía ni músico, ni loco, ni poeta, como él amaba un poco todavía á una enorme coqueta, especie de animal de sangre fria, y al deducir, por la doctrina impura de sus principios, de malicia llenos, que muchos platonismos de ternura no acaban en Platon, ni mucho menos, por sí causar podría de Eugenia los pesares, á un primo, casi lelo, que tenía, lo desterró el doctor de sus hogares, pues, con ser tan notorio, no sabia que inspira todo primo una gran llama, ó, como éste de Eugenia, un gran desprecio, y que un primo es un Dios cuando se le ama, pero un primo no amado es siempre un necio.»

Y sin darse un momento de reposo, unas veces honrosas, y otras viles, el doctor, como un viejo receloso, tomaba precauciones infantiles. Y, como ya es sabido que un padre es aún más tonto que un marido, con general sorpresa leechó un traje una estatua de un Cupido que estaba sin vestir sobre una mesa; y les dió libertad á dos jilgueros, por sí de ella los ojos hechiceros y á deleites secretos presagiaban al mirar, en los ratos placenteros, el por qué, cómo y cuándo se besaban.»

Pero el pobre doctor no da con la enfermedad de la niña.

«¡Desdichado doctor! ¡Siendo tan diestro, y teniendo ademas tanta experiencia, no sabe que el querer es una ciencia que todos aprendemos sin maestro, y que, al cerrar con diligencia vana por la noche la puerta á los amores, entran por la ventana enjambres de fantasmas seductores que dispersa la luz de la mañana!»

Y ve con dolor que su hija se muere sin que él, con toda su ciencia, acierte á comprender la enfermedad... ¡Cómo entenderla, pobre doctor, si el mal de Eugenia no es del cuerpo, y tu escarpelo jamas halló dónde se oculta el alma humana!...

«¡Morir de amor! ¡Oh encantadores séres fuentes de bien, refugio de consuelo! ¡Los ángeles amasan en el cielo la pasta con que se hacen las mujeres!...»

El poeta termina su composicion con estos versos, que encierran el pensamiento capital del poema:

«No matan sólo la humedad y el frio, viene tambien la muerte por el alma.»

El Sr. D. Rafael Calvo leyó de una manera admirable esta bellísima composicion, que seguramente es una de las más sentidas é inspiradas de su autor.

WERTER.

Causas del aumento

DE LA ENAJENACION MENTAL EN NUESTRA ÉPOCA.

En todas las épocas y en todos los climas el hombre ha sentido la necesidad de estimulantes que le ayuden á vencer con más valor los escollos de la vida ó á saborear mejor sus escasas dichas; pero existe entre estos estimulantes uno, desconocido hasta la Edad Media, el alcohol, líquido

delicado y terrible que parece llevar su acción hasta esos confines oscuros en que se tocan el alma y el cerebro, y tiene el extraño privilegio, ora de animar la inteligencia, ora de suscitar en ella espantosas borrascas.

Confinado durante largos años en las oficinas del químico y del farmacéutico, el médico lo administraba con mano avara á los enfermos para reanimar la vida en sus más graves desfallecimientos. Llegó un día, sin embargo, en que este don funesto de la ciencia salió de la oficina del farmacéutico para enseñorearse de la taberna, y la industria lo mezcló con gratos y variados aromas para envenenar más cómodamente á los que no podían dominar la tentacion del licor prohibido.

El alcohol es un enemigo traidor que penetra en la plaza, recorre todos sus ductos y vuelve á salir despues de haber sembrado en ella la desolacion y la muerte. Mezclado con la sangre, va á bañar todos los órganos, pero se detiene con predileccion en el más noble de todos, en el cerebro, lo satura, lo agita sin reanimarlo, y lo hunde al fin en el abismo de la embriaguez.

Contemplad al desgraciado que sucumbe al hábito mortífero de las bebidas alcohólicas. ¿Quién restituirá algun vigor á esas manos trémulas? ¿Quién reanimará esa inteligencia extinguida? ¿Quién ahuyentará esas penas, esos remordimientos y esas visiones siniestras que revolotean sobre su cerebro como aves nocturnas sobre unas ruinas abandonadas? ¿Quién? Tan sólo el alcohol; el péfido licor galvanizará durante algun tiempo ese cadáver; la inteligencia lanzará algunos resplandores pasajeros; pero en la lucha suprema entre el veneno y el alma, ésta bajará los últimos escalones del oprobio y llegará al antro de la demencia, donde sólo reinaa las tinieblas.

Segun el doctor Lefebvre, las bebidas alcohólicas son la causa principal de los progresos modernos de la locura, y cita en su apoyo las observaciones especiales del doctor Morel, que, entre 1.000 dementes, reconoció que la causa de su enfermedad era en doscientos el abuso de los alcohólicos, y las de M. Parchappe, de Rouen, que encontró en 100 dementes 28 que debian su desgracia á la embriaguez. La progresion de los dementes admitidos en los hospitales de Paris, particularmente en Bicetre, á consecuencia del abuso de los alcohólicos, es verdaderamente espantosa, dice el doctor Voisin.

En 1856 entraron en Bicetre 99 dementes por causa de embriaguez alcohólica, y en 1860 este número ascendia á 207. En Berlin, la tercera parte de los casos de enajenacion mental en las clases bajas, es resultado de la embriaguez; en Dublin, la mitad de los dementes del establecimiento de Richmond se compone de borrachos; y finalmente, en el asilo de San Petersburgo, de 997 dementes admitidos en un período de diez años, 837 habian perdido la razon á consecuencia del abuso del aguardiente.

Y cuenta que el alcohol, no tan sólo tiene el grave inconveniente de embriutecer á los que se entregan á él, sino que sus efectos se dejan sentir ademas en las siguientes generaciones. El doctor Morel cita el ejemplo de un obrero que murió víctima del abuso de las bebidas alcohólicas. Se habia casado con una mujer robusta, y dejó siete hijos; los dos primeros murieron de tierna edad á consecuencia de convulsiones, y de los cinco restantes, tres eran dementes, otro de un carácter extraño y el último vivió flaco, macilento y sumido en la más negra melancolía.

Si los efectos del alcohol en el padre se agregan á los efectos que puede causar en los hijos, ¿es de extrañar que el abuso de los licores constituya en nuestra época la causa más poderosa, no tan sólo del embriutecimiento del hombre, sino tambien de la degeneracion de la especie humana?

El doctor Lefebvre acusa igualmente al tabaco del aumento de la enajenacion mental en nuestra época. No es nuestro ánimo defender esta planta, de la cual se hace un consumo ridículo en Europa; pero diremos que sus efectos no pueden compararse con los que produce el opio, y si es cierto, como asegura el doctor Lefebvre, que en Inglaterra aumenta de dia en dia el número de los fumadores de

opio, pronosticamos á esa nacion un porvenir funesto, si no corrige desde luégo un vicio que tantas victimas está haciendo en la China y en otras comarcas del Asia. Es digna de estudiarse, sin embargo, la rápida progresion del uso del tabaco, porque coincide con el aumento de la enajenacion mental. En 1832 la renta del tabaco sólo produjo en Francia 28 millones de francos; en 1862 esta suma pasó de 180 millones, y ascendió á 218 en el año 1863.

Existe otra embriaguez tan peligrosa como la que producen los licores alcohólicos, y es la voluptuosidad, la cual conduce tambien á la locura, y extiende cada vez más su dominio en las ciudades populosas. En efecto, crece el número de los desgraciados que se abandonan al libertinaje, que arrojan su vida á las cortesanas, ó gastan su vigor en emociones solitarias que, como dice el P. Lacordaire, vuelven el rostro para no verlas el cielo y la tierra.

El delicado tejido del cerebro se resiente de tan repetidos excesos, y la locura parálitica, hija del libertinaje, hace formar con su rápido aumento una idea muy triste de las costumbres modernas. No queremos detenernos en este terreno, donde hemos entrado á nuestro pesar; no hacemos más que alzar una punta del velo, y creemos que nuestros lectores completarán lo que dice con locuencia nuestro silencio.

La indiferencia religiosa no conduce directamente á la locura, pero priva al hombre de su mejor defensa contra los choques que tienden á conmovér su razon. Cuando la religion se retira del alma, se apaga una gran luz, se rompe un freno poderoso y se cierra un manantial fecundo de consuelo. Hay una secta que responde á los que piden la solucion de los dos grande problemas que surgen obstinadamente del fondo de todas las conciencias: «No hay Dios, no hay alma. Apresúrate á gozar de lo presente, porque tus moléculas se separarán mañana para ir á formar en la eterna metempsicosis de la materia una cristalización nueva, un diamante, una flor, un animal». Otros, y éstos son más generosos con la Divinidad, consienten en admitir un Dios personal, autor de todo lo criado, pero que, despues de terminar la obra del universo, lanzó al hombre en el mundo y apartó para siempre la mirada de su obra predilecta.

Si llegaran á imperar estas doctrinas, hijas de la nada, ¿quién contendría, moderaría y purificaría las pasiones en nuestra juventud, cuando bullen dentro de nosotros como una lava pronta á brotar por todos nuestros poros?

Y más tarde, cuando la riqueza y los honores brillan ante nuestros ojos en las alturas de la vida, como las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, cuando la multitud se precipita afanosa y atropellándose para conquistarlas, ¿quién contendría nuestro insensato ardor enseñándonos un horizonte más puro y sereno?

La religion es el mejor consuelo y el puerto más seguro para la razon amenazada de naufragio. La locura, cuando procede de causas morales, no siempre tiene su origen en el alma, sino en el corazón, en sus arrebatos y especialmente en sus sufrimientos. ¿Y ha existido jamas una época más fértil que la nuestra en sufrimientos morales? Las fortunas se elevan como se alzaban en otro tiempo los castillos encantados bajo la varilla de las hadas, y se hunden despues al primer soplo del huracan; muchos hombres pasan casi sin transicion desde la molición de la opulencia á las ignominias de la pobreza; en una gran parte de los casamientos no se tiene en cuenta el sentimiento más noble del corazón humano, el amor; no se trata de unir dos almas simpáticas, sino de juntar dos millones, y el divorcio hace progresos rápidos, y reinan en el hogar doméstico los monstruos del hastío y de la discordia. Enmedio de estas penas, ¿adónde volverá la mirada el que sólo encuentra en torno suyo el vacío, la nada, la desesperacion? ¿Qué extraño es, pues, que estas almas sin consuelo busquen la muerte ó queden encarceladas en la tenebrosa mansion de la locura?

Hay otra causa, en fin, del incremento de la enajenacion mental en nuestra época, y es la fiebre de oro y honores. No puede negarse que la sociedad moderna presenta el brillante espectáculo de una

actividad general y fecunda que ha transformado el mundo en medio siglo; pero al lado del trabajo que aspira á una remuneracion legítima y moderada, se ve al trabajo acaparador é insaciable.

Al lado de los nobles obreros de la civilizacion contemplad esas turbas de ambiciosos que corren en pos de la riqueza y los honores; todos anhelan subir de un salto las gradas del templo que guarda sus tesoros para unos pocos, y la caprichosa fortuna se rie de sus sobrehumanos esfuerzos, de la embriaguez de sus esperanzas y de la amargura de sus desengaños.

No obstante, no todos los vencidos cesan en su empresa; pasan los dias y las noches trabajando, combinan mil jugadas de Bolsa ó atrevidos proyectos industriales y amontonan moneda sobre moneda, calculando á todas horas cuánto falta para llegar al millon codiciado. Pero trascurren años y años de ansiedad, de inquietud, de febril impaciencia; el cuerpo se enerva, la inteligencia se entorpece; algunos llegan al día del descanso, pero es cuando la vejez no les permite gozar los placeres que habian ambicionado; la mayor parte se sientan enmedio del camino para cobrar aliento, pero vuelven los ojos y ven con dolor que apenas han avanzado algunos pasos; otros, en fin, sucumbiendo á la desesperacion, buscan un término á la vida ó se entregan á la embriaguez y al sensualismo, hasta el día en que su razon se extravía y va á aumentar el número de las víctimas.

Hé aquí las revelaciones que hace la estadística sobre el incremento de la enajenacion mental y del suicidio en nuestra época; hé aquí las principales causas á que se atribuye. La cuestion es de suma importancia, y como de su solucion depende la de otras muchas cuestiones sociales, recomendamos su estudio á los hombres pensadores que se interesan por el progreso y la civilizacion.

D. DE B.

La navegacion aérea.

Si hemos de dar crédito á la fábula el hombre sintió la necesidad de alejarse de la Tierra mucho antes del famoso descubrimiento de los hermanos Montgolfier.

Dédalo, hábil arquitecto y mecánico, fué el primero que intentó realizar el problema de la navegacion aérea para sustraerse á las persecuciones de Minos, rey de la isla de Creta, de quien era prisionero. Construyó con plumas de pájaros dos pares de alas, uno para él y otro para su hijo Icaro, y cierta mañana tomó el camino del cielo para volver á Sicilia, hoy día Sicilia, su hermosa y cara patria.

En el siglo XI de nuestra era, un benedictino inglés, Oliverio de Malmerburg, quiso imitar á Dédalo, y fabricó dos alas con las cuales llegó á recorrer una distancia de ciento veinte pasos; pero cayendo pesadamente sobre la Tierra, que trataba de abandonar, se fracturó algunos huesos. «Si hubiese dispuesto de una sola, dijo despues de su caída, no me hubiera ocurrido tan terrible accidente.» Dejó, no obstante, á otros el cuidado de hacer nuevos experimentos, con ó sin el apéndice caudal.

A fines del siglo XVI, Juan Bautista Dante, matemático de Perona, quiso imitar al padre Oliverio, pero obtuvo los mismos resultados, corrió idéntica suerte y lo levantaron del suelo con una pierna rota.

Al cabo de algun tiempo, el marqués de Bacqueville, residente en Paris, trató de demostrar que las alas no eran ineficaces para sostener al hombre en los aires. A este efecto, provisto de alas en las piernas y en los brazos, se lanzó desde la azotea de su casa, situada sobre el muelle, al extremo de la calle de los Santos Padres, para dirigirse á las Tullerías.

Su vuelo fué afortunado en un principio; pero al hallarse sobre el Sena, la fatiga se apoderó de sus miembros, y el valeroso marqués cayó en una barca de lavanderas, y como su antecesor, se rompió tambien una pierna.

Otro aparato de locomocion aérea para el hombre fué más tarde inventado por un corrajero del Maine, llamado Besnier. Dicho aparato consistió en dos varas largas que sujetaban un corrajo de tafetan; colocabase sobre las espaldas, y se le imprimía

mia el movimiento con ayuda de las manos y de los pies. El *Journal des Savants*, de 1878, afirma que Besnier se elevó sobre las casas, y no da cuenta de que le ocurriera el menor percance.

Un alemán, Degen, intentó también en 1809 resolver el problema de la navegación aérea por medio de un aparato más complicado, consistente en una cometa, un globo y un plano inclinado que debía ofrecer una resistencia al aire y un centro de acción al aeroplano. La prueba, verificada en el Campo de Marte, dió por resultado... unos cuantos bastonazos aplicados sobre las espaldas del pobre Degen, que no llegó siquiera á abandonar el suelo.

Las alas no han sido aplicadas únicamente al hombre. El abate Desforges, canónigo de Etampes, las fijó también á una especie de góndola por medio de un gozne. Pero el día de la prueba, en 1772, el buen abate no se atrevió á realizar su proyecto, á pretexto de introducir algunas modificaciones en el mecanismo de su aparato, y no llegó siquiera á levantar los pies del pavimento de la torre en que se hallaba.

En 1777, José y Estéban Montgolfier, fabricantes aveciados en Annonay, á consecuencia de la lectura de una obra de Priestley, sobre las diferentes especies de aire, concibieron el proyecto y entrevieron la posibilidad de navegar por el espacio.

Con tal propósito, idearon el primer globo de tela que se ha conocido, y lo hincharon con ayuda del fuego.

La primera ascension se verificó á fines del año 1783, en el castillo de la Muette. Los dos hermanos, acompañados de dos amigos, descendieron tranquilamente en las inmediaciones de Gentilly, despues de haber atravesado sin la menor novedad todo París.

El 1.º de Diciembre siguiente el arte aerostático estaba ya creado. Un tal Charles, físico en extremo hábil, se elevaba en compañía del aeronauta Robert, en un globo de seda provisto de válvula, navicilla y cuerdas, é hinchado por medio del gas hidrógeno, como los globos que hoy se usan.

Llegaron hasta Nesles, más allá de la isla Adam, despues de haber alcanzado una altura de 4.800 metros y haber descendido alternativamente muchas veces hasta el suelo.

O. Z.

Venganza de un marido.

Los periódicos ingleses cuentan un drama íntimo de un inmenso interes.

Parece el argumento de una obra de Shakspeare, y nuestros lectores se convencerán de ello con sólo oír un sencillo relato.

Lord W... era hace veinte años un joven de veinticinco á veintiocho, y su inmensa fortuna y la nobleza de su cuna le hacian pasar en los círculos más escogidos de Londres como un verdadero gentleman, ídolo del bello sexo.

La jóven que conquistaba una mirada suya, que arrancaba á sus labios una galantería, se creía muy dichosa, porque lord W... era hermoso, rubio, con ojos negros, esbelto, elegante; era ademas millonario, y podía ofrecer á un mismo tiempo la doble felicidad que necesitan las mujeres: el amor y la realizacion de sus caprichos.

Pero el noble lord deseaba alcanzar esa purísima dicha que brinda la familia cuando no son sus bases el egoismo, el interes, y las deferencias de que era objeto no le halagaban, porque temia que las sonrisas que le dirigian fuesen, más bien que un agasajo á su persona, un tributo á sus pingües riquezas.

—Necesito hallar una mujer que no sepa quién soy, se decía; que me ame sin la esperanza de compartir conmigo mis riquezas.

Dominado por este pensamiento, uno de sus amigos le invitó á pasar una temporada en su casa de campo, situada en medio de un bellissimo paisaje, y lord W... se puso en marcha, montando á caballo al llegar á la última estacion del ferrocarril para encaminarse á la quinta de su amigo, poco distante del pueblecito que daba nombre á la estacion.

Al final de las últimas casas de éste comenzaba un espeso bosque que conducia á la casa de campo, bajo cuyo hospitalario techo debía pasar algunos días.

No bien entró en el bosque, cuando llegó á su cida una voz femenil que le detuvo, produciendo en su alma un delicioso éxtasis.

Aquella voz prometia un rostro de ángel y un corazón de virgen.

Lord W... se apeó del caballo, ató las riendas á un árbol, y guiándose por la voz fué acercándose hasta una especie de plazoleta, que, rodeada de copudos árboles, proyectaba una apacible sombra.

El viajero pudo ver á la jóven sin ser visto, y quedó encantado.

—Esta es la imágen que me ha sonreido en sueños,—se dijo:—ésta es la mujer que yo busco.

No queriendo [sorprenderla, se alejó con propósito de volver á buscarla y de hacer lo posible por conquistar su corazón.

Entusiasmado con aquel encuentro, procuró algunos días despues emprender una expedicion al pueblecito próximo al bosque, porque sabía que su bella desconocida era la hija única de un modesto labrador que habitaba una casa á la entrada del bosque.

—¿Qué haré para llamar su atencion?—se preguntaba lord W...—Despues de largas meditaciones resolvió, y no era extraño en aquel tiempo, resolvió, digo, aparecerse á sus ojos de una manera romántica.

La jóven solia pasar las tardes asomada á una de las ventanas de su casa, y delante de ésta habia un gran precipicio.

Lord W... montó á caballo resuelto á que su brioso corcel salvase de un salto el abismo, en cuyo caso admiraria la jóven su intrepidez, arriesgándose á sufrir una caída, en cuyo caso excitaria la compasion y la simpatía de la desconocida.

Así lo hizo, y la suerte quiso que todo saliese á medida de su deseo.

La jóven le vió de lejos, notó que aguijoneaba á su caballo para salvar el peligro; al verle cerca del precipicio se inmuto, el caballo saltó, pero, al llegar al lado opuesto dejó caer al jinete y lord W... consiguió que admirara su intrepidez y que se compadeciera de él al verle en tierra.

Asustada la bella desconocida al pensar que la herida que acababa de recibir el jinete podia ser mortal, llamó á su padre, y éste, con sus criados, acudió, á socorrer á lord W...

La herida no era grave, pero la fiebre se declaró enseguida, y tuvo el enamorado galan que pasar algunos días bajo el hospitalario techo del padre de su amada.

Desde este instante fueron los sucesos por sus pasos contados encaminándose á la realizacion de su bello ideal.

La jóven le asistió durante su enfermedad, sus almas se comprendieron, se amaron, y ántes de abandonar lord W... la casa del honrado labrador, le pidió la mano de su hija.

Un mes despues Jenny, que creia unirse con un hidalgo pobre, tomaba posesion del opulento palacio que tenia en Londres su marido, y poco despues visitaba sus casas de campo, que le parecian más espléndidas, porque se reflejaba en ellas el amor que sentia hacia su esposo.

La felicidad de entrambos era inmensa, y puede decirse que su luna de miel duró cinco años, en los que no empañó su ventura la más ligera nubeilla.

Al cabo de este tiempo, lord W... se consagró á la política y descuidó un tanto, si no sus deberes, al menos sus galanterías conyugales. En esta época llegó para la jóven la crisis, la tentacion, y aunque Dios habia bendecido su matrimonio y tenia un hijo, extraviada por el capricho y asediada por un adorador, olvidó sus deberes y cubrió sus felicidades pasadas con las sombras tristísimas del adultério.

Lord W... recibió algunos anónimos anunciándole lo que pasaba; no dió crédito alguno á estas delaciones, pero se alejó con su esposa á una de sus quintas, para observarla allí y convencerse, así lo esperaba, de que la habian calumniado.

El amante siguió á lady W..., y el marido apuró la terrible verdad de su situacion.

—¿Qué hacer entónces?—Matarla en un arrebo de indignacion era á sus ojos poco castigo; matar á su amante en un duelo era rebajar su dignidad hasta su infamia.

Lord W... meditó una terrible venganza: todo el amor que habia llenado su alma se convirtió en odio, y con esa frialdad británica resolvió castigar á los culpables.

Compró á uno de sus criados, pretextó un viaje, y al anoecer del mismo día de su partida volvió á su casa.

La habitacion de su esposa comunicaba con un terrado por una ventana y con un gabinete próximo al cuarto de lord W...

Al llegar habló con su esposa, y acto continuo fué á buscar á un albañil.

—Es necesario—dijo al obrero—que tapes inmediatamente una puerta y una ventana.

El operario trajo enseguida los materiales, comenzó su obra, y cuatro horas despues estaba herméticamente cerrada una habitacion de la quinta.

Para que la fábrica se secase, hizo el operario dos hogueras.

A la mañana siguiente, despues de recoger las cenizas, abandonó el marqués su quinta, acompañado de todos sus criados, cerró las puertas y se llevó las llaves. Algunos años despues murió en Londres.

Hace poco publicó un diario inglés la siguiente noticia, que es el complemento de esta historia:

«Tenemos que dar cuenta á nuestros lectores de un suceso extraordinario. El joven y noble lord W..., heredero de la inmensa fortuna de su padre, se ha enlazado con la bella miss K..., hija de una de las más opulentas familias de Oxford. Los recién casados se trasladaron hace pocos días á una de las casas de campo de lord W..., que ha estado deshabitada durante catorce años.

Despues de visitar las habitaciones, manifestó lady W... deseos de tener un cuarto con vistas al terrado, para poder formar en él un jardín aéreo, y consultado un arquitecto, indicó que la habitacion que deseaba la jóven debía existir, aunque tapiada.

Diéronse inmediatamente las órdenes oportunas para derribar la pared, y, con efecto, se halló la habitacion.

Al penetrar en ella los operarios, su asombro fué inmenso. La habitacion estaba amueblada, y hallaron sobre un lecho el esqueleto de una mujer.

Al pié habia el esqueleto de un hombre.

Examinando las paredes, se vió en ellas algunos agujeros que indicaban los desesperados esfuerzos hechos para librarse de aquella prision por los dos cuyos restos yacian en aquel sepulcro.

Los tribunales, que han tenido noticia de este encuentro, han abierto la correspondiente sumaria para averiguar el origen de este delito.»

Nuestros lectores saben más que los tribunales: aquellos dos esqueletos eran la venganza de un marido.

Una visita de médico.

Era el mes de Noviembre. Una niebla espesa envolvía á Londres, y una atmósfera fria helaba el alma y pesaba sobre los pulmones como una barra de plomo. La luz temblorosa del gas arrojaba sobre la ciudad un tinte sombrío y sepulcral.

El carruaje del doctor Sutherland caminaba en este momento á traves de un arrabal de los más apartados, y parecia dirigirse hacia un punto tan difícil de descubrir como el Polo Ártico.

Las calles por donde caminaba iban presentándose cada vez más estrechas y fangosas, y bien pronto el doctor se vió en la necesidad de abandonar su carruaje, resignándose á continuar á pié el camino.

Despues de haber preguntado, buscado y caminado largo tiempo, llegó por fin al deseado puerto.

El doctor Sutherland habia recibido durante el día un billete escrito por la mano de una mujer, cuyo estilo era sencillo y conmovedor. En él le decía: «que la reputacion del doctor habia llegado á oídos de Helena Lee, y que sólo en él confiaba para salvar á una madre enferma y desahuciada por todos los médicos.»

El doctor fué introducido en una modesta habitacion, situada en el piso segundo. Sobre una cama aún más modesta y muy baja, gemia una mujer, cuyos sufrimientos, más que los años, parecian haber demacrado sus facciones.

A la cabecera de la cama se delineaba la figura de una jóven arrodillada; sus ojos fatigados, su continente abatido, sus mejillas pálidas, revelaban largas y continuadas vigiliias á la par que vivas angustias.

El débil resplandor de una lámpara moribunda alumbraba esta escena, y ofrecia á los ojos un cuadro de miseria que embargaba tristemente la imaginacion.

Al ver entrar al doctor, Helena se levantó con precipitacion.

—¿Es usted Mr. Sutherland?

—El doctor se inclinó, y la jóven señaló con el dedo á su madre.

El doctor Sutherland se aproximó entónces á la enferma.

—¿Con qué mortal ansiedad miró Helena al doctor cuando tomó éste entre sus manos la mano calenturienta de su madre! Inclinada hacia él, lo devoraba con sus ojos azules y retenia la respiracion esperando su respuesta.

El doctor dirigió á Helena algunas preguntas rápidas, que fueron contestadas de una manera clara y concisa, porque Helena sabía que el doctor gustaba del lacombismo.

—¿Está usted sola?
—Sí, señor.
—¿Y su padre de usted?
—Mi padre...

Helena no pudo acabar, pero su mirada cayó sobre su traje de luto.

—La enferma tiene necesidad de los mayores cuidados durante toda la noche; envíe usted á buscar una amiga...

Las indicaciones de Helena continuaron demostrando la más viva inquietud...

—Pero ¿hay esperanza, doctor?

—Hay esperanza.
Helena cogió conmovida la mano de Mr. Sutherland, y la llevó á sus labios. Una lágrima rodó por la mano del doctor, que, á decir verdad, jamas habia experimentado una emocion semejante.

Era éste un hombre en el exterior grave, reservado y de un carácter austero: áun sus más íntimos amigos le trataban rara vez con familiaridad.

El doctor tomó una pluma, escribió una receta y se levantó. Helena le ofreció una moneda de oro, tímidamente y llena de rubor, porque creia que pagar así tales servicios era casi un insulto.

El doctor titubeó un momento... pero temiendo herir la susceptibilidad de la jóven, hizo un movimiento para aceptar, cuando la mano temblorosa de Helena dejó escapar la pieza de oro, que se fué rodando bajo la cama de la enferma.

—No se moleste usted, señorita,—dijo el doctor;—voy á ver una enferma, y vuelvo.

Y dejó precipitadamente la habitacion. —Esa sería tal vez su última moneda,—pensaba él bajando la escalera.

Las palabras del doctor habian reanimado el espíritu de Helena. La esperanza resplandecia en sus ojos y redoblaba sus fuerzas. Como una sílfide revoloteaba alrededor de la cama de su madre y calmaba sus sufrimientos de la manera más encantadora.

Cuando el doctor llegó al día siguiente, la jóven corrió á su encuentro con una dulce expresion de reconocimiento, que decía más que todos los discursos.

—¿Ha pasado usted la noche junto á la enferma?

Helena respondió con una señal afirmativa.

—¿No tenia usted una enfermera?

—No, señor.

—¿Conque ha velado usted toda la noche! Señorita, usted acabará por enfermar, y entónces...

—Ella no me abandona ni un solo instante,—murmuró la madre.

—Como usted comprende,—dijo Helena,—yo no puedo confiar á manos extrañas el cuidado de mi madre.

—Ya he dicho á usted que enviara á buscar á una amiga.

—Nosotras no tenemos amigas...

El doctor guardó silencio, y pareció preocupado; pero bien pronto le sacó de su preocupacion la vista de dos monedas de oro que la jóven se disponia á ofrecerle.

—Nosotros, los médicos, no acostumbramos á aceptar nada de las viudas,—dijo, deteniendo el movimiento de Helena, y se retiró precipitadamente.

Diariamente el doctor renovaba sus visitas. Su presencia llegó á hacerse una necesidad para la jóven, y la madre comenzó á mejorar de una manera notable. Todas las palabras del doctor tenian para Helena un precio inestimable, y las guardaba en su corazón como un verdadero tesoro.

Helena y su madre habian residido en el Northumberland, disfrutando de un modesto bienestar hasta la muerte del padre. A partir de esta época, la jóven comenzó á luchar contra la miseria.

Toda la habilidad, toda la ciencia de los médicos se estrelló contra el mal que devoraba los días de la madre. Helena oyó hablar del doctor Sutherland, y tomó una decisiva resolucion. Redujo á dinero lo poco que poseia, y marchó á Londres con su madre.

En aquellos momentos, la horrible epidemia que diezaba la Europa, habia invadido la Inglaterra, y el doctor Sutherland fué uno de los hombres que con más noble entusiasmo se consagraron al alivio de sus semejantes.

Con esa espontaneidad propia sólo de las almas generosas, el doctor ofreció llevar los socorros de su ciencia á una pequeña poblacion donde la epidemia se habia desarrollado con la mayor violencia.

Hizo sus preparativos de viaje, y llegó el día de la partida.

—Hoy está usted muy serio, doctor.

—¿Yo?... No.

Y el doctor tomó un aire más grave todavía. Mr. Sutherland hubiera querido ver á Helena ménos alegre.

—¿Tiene usted algun disgusto?

—No, Helena, no.

—Oiga usted doctor; yo le permito á usted estar serio y áun triste en la morada de los ricos, en un palacio, en medio de ese gran mundo que usted frecuenta... pero aquí, en esta pequeña y modesta habitacion, yo quiero ver á usted alegre, contento. ¡Oh! ¡Yo quisiera ser rica, mister Sutherland! Si lo fuera, trasformaria este modesto asilo en un templo magnífico, y le trataria usted como los antiguos trataban á sus dioses...

—¿Es usted una pequeña pagana!

—Llámemme usted como le plazca. Si yo fuese rica, hé aquí lo que haria... Pero, no... yo no tocara á nada de este pobre cuarto, me dejaría tal como se encuentra, para recuerdo eterno de todo lo que mi madre y yo debemos á usted de todo cuanto por nosotras ha hecho. Yo, si quisiera tener una fortuna; pero quisiera también que usted fuese pobre... y entónces... Sin embargo, ustedes los hombres son altivos, y...

En vano el doctor Sutherland habia ocultado á Helena el objeto y la naturaleza de su viaje. En un periódico que por casualidad llegó á sus manos, leyó la jóven el nombre del doctor y grandes elogios á su talento, su celo, su noble abnegacion, y á la temeridad, si así puede decirse, con que, ayudado de su ciencia, luchaba contra los estragos de la epidemia. Helena conoció por fin el verdadero motivo de la ausencia.

Desde aquel momento, no hubo ya ni calma ni tranquilidad para la jóven. Su alegría su constancia para el trabajo, su esperanza, todo la abandonó. Dominada por una sola idea, apenas tenia fuerzas para sostener á su pobre madre y atender á las necesidades cotidianas.

Un sentimiento reinaba aún energíicamente en esta alma abatida; este sentimiento era la ansiedad.

—Deja el trabajo, mi querida Helena, que el día acaba, y tus ojos se fatigan.

Helena apoyó sobre una mano su cabeza, y comenzó á pensar en el pasado.

De improviso, los pasos mesurados de un hombre se dejaron percibir... La jóven tembló... habia reconocido aquellos pasos, y toda su sangre afluyó hacia su corazón.

Un mes ántes, Helenase hubiera precipitado al encuentro del doctor. Entónces, las palpitaciones de su pecho fueron las únicas que revelaron sus emociones. Pero los papeles habian cambiado; el frio, el austero doctor, corrió embriagado de alegría, cogió las manos de Helena, y le dijo con la expresion de la más tierna solididad:

—¿Qué feliz soy al volver á verte, mi Helena! Yo he visto todo lo que has hecho por tu madre; qué no harás, pues, por tu esposo!... Helena, mi querida Helena, que yo sea ese feliz mortal!

H.

Varietades.

Plumas de aves.

Las plumas de las aves han adquirido un valor comercial que deben conocer los interesados. Hé aquí los precios de algunas casas de comercio de esta especialidad en París:

Plumas de pavo.—Sólo las blancas tienen aficiones; valen de 15 á 20 francos el kilo.

De patos.—Las plumas negras, terciopeladas bien escogidas, valen 20 francos; las azules de las alas, así como las verdes, 10.

De gallos.—Las bien escogidas de la cola, bronceadas y blancas, 10 francos, y las mezcladas 5; las blancas del cuello, 5 francos.

De faisán.—Las plumas del cuello, espalda y pecho, valen 10 francos, y las de la cola, 8.

Perdices encarnadas.—Las sombreadas del pecho valen 10 francos.

Pavos reales.—Las azules y doradas tienen un valor razonable, pero raramente bajan de 30 francos.

Todas estas plumas es preciso que sean escogidas y cada clase puesta separada; de otro modo no tienen ningun valor.